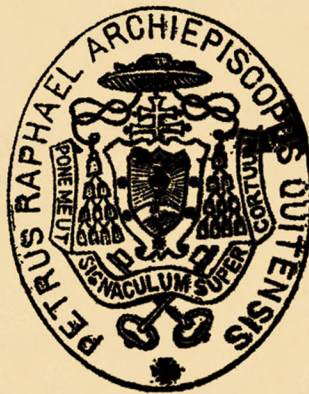


# UNDECIMA CARTA PASTORAL

QUE DIRIGE EL ILMO. Y RMO. SEÑOR

DOCTOR DON PEDRO RAFAEL GONZALEZ CALISTO

AL CLERO Y FIELES DE LA ARQUIDIOCESIS



*Quito, Febrero 18 de 1896*

“IMPRESA DE ESPEJO”, CARRERA DE ROCAFUERTE, N. 25

Nos, Dr. Pedro Rafael González C.,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE,

ARZOBISPO DE QUITO, &

*A nuestro Venerable Capítulo Metropolitano, al  
Venerable Clero Secular, al Regular y á todos  
los fieles de la Arquidiócesis;*

*Salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo:*

*Lux in tenebris lucet.*

La luz brilla en medio de las tinieblas.  
(S. Juan I, 5.)

Venerables Hermanos y amados hijos en  
Jesucristo:

**Q**UANDO el Verbo Eterno del Padre, asumiendo nuestra flaca naturaleza en las castas y limpias entrañas de la humilde é Inmaculada Virgen de Nazaret, se dejó ver de los hombres en avanzada noche de riguroso invierno y en olvidado rincón de la Judea, un coro angélico, pulsando arpas de oro, entonó aquel himno inmortal de celestiales esperanzas: “¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!” Y cuando el mismo Verbo Humanado encarnó, en cierto modo, su divina doctrina en el seno de su Esposa, la Iglesia Católica, confiándole el depósito de la fe y confiriéndole todos los derechos de un perpetuo y universal magisterio de la verdad santa; Juan, el discípulo amado, Juan, el águila

del Evangelio; Juan, el vidente de Patmos, dió al mundo la buena nueva del día eterno de la verdad acá en la tierra, diciéndonos: “la luz brilla en medio de las tinieblas:” *lux in tenebris lucet*.

Hoy, cuando la Esposa del Cordero renueva en éxtasis divino de amor y de ventura, la memoria de los más profundos y enternecedores misterios del cristianismo, os convido á recoger algunos rayos de esa luz que nos anunció en Belén á media noche, y en el Calvario, para disipar con ellos las tinieblas de la impiedad y del error, que bajo la inspiración del padre de la mentira, se esfuerzan por extender en nuestro territorio las pasiones, para completa ruina de la República y escándalo del mundo. Muévennos á esto un deber indeclinable de nuestro difícil cargo pastoral y aquella conminación tremenda, que nos hace el mismo Dios por estas expresiones del profeta Ezequiel: “Si diciendo yo al impío: morirás sin remedio; tú no se lo intimas ni le hablas, á fin de que se retraiga de su impío proceder y viva, aquel impío morirá en su pecado; pero yo te pediré á tí cuenta de su perdición. Mas, si tú has apercibido al impío, y él no se ha convertido de su impiedad ni de su impío proceder, él ciertamente morirá en su maldad; mas tú has salvado tu alma.” Nos, queremos salvar nuestra propia alma; pero, como Pastor de nuestra amada grey, queremos también ardientemente salvar las almas vuestras. Oidnos, pues, con la docilidad de sinceros creyentes.

Entre las muchas y gravísimas ofensas con que tenemos á Dios Nuestro Señor justamente irritado contra nosotros, una es, á no dudarlo, el funesto escándalo y abuso lastimoso de la prensa, indirectamente apoyado en el silencio inexplicable de toda una sociedad unánimemente católica y profundamente religiosa. No ignoráis, Venerables



Hermanos, y queridos hijos, cómo de un tiempo acá se ha desatado todo el furor del infierno contra la moral, contra el Evangelio y contra la Iglesia, en ciertas publicaciones y diarios de la Capital y de algunas otras ciudades de la República. Nada se respeta en ellas; nada queda en pie; se atropellan sin piedad todos los miramientos de la cultura social; se arroja á los cuatro vientos el descrédito y el oprobio de toda una Nación que ayer no más fincaba su única gloria en recorrer airoso las luminosas sendas de la civilización católica: personas las más augustas, como el soberano Pontífice y los Obispos; obreros evangélicos, los más acreedores al respeto y gratitud pública, por su ilustración y virtudes; tradiciones, las más venerandas; leyes, las más inviolables; costumbres, las más arraigadas; templos, culto, sacramentos, ritos, ceremonias... todo, todo se vilipendia, se escarnece; todo, todo se arrastra por el fango de la maledicencia, y todo se condena á la proscripción y al exterminio. Si pusiésemos en manos de tan mal aconsejados articulistas el hacha demoledora de los templos ó la sangrienta cuchilla del verdugo, talvez sus trémulas diestras dejarían caer al suelo el hacha y la cuchilla, antes que consumir la obra de destrucción que sus plumas ensalzan: . . . ¡Tan horrorosa es ella! En presencia de tan grave escándalo, Nos, consultando la caridad evangélica, hemos guardado silencio, por si ese plazo de la generosidad cristiana, calmase la exaltación de febriles pasiones y diese lugar á la tranquilidad y cordura propias de ánimos juiciosos y reflexivos.

Pero, el mal sube de punto, y ya nuestro silencio, pudiera acaso imputarse á muy culpable negligencia. En uso, pues, del derecho incontestable que nos asiste, de enseñar y corregir á los extraviados, creemos necesario y urgentísimo

declarar que el actual desenfreno de la prensa impía en el Ecuador tiende de suyo á la ruina completa y al más triste oprobio de nuestra República ante todas las naciones civilizadas y cultas. Veámoslo, pues, en breve razonamiento.

¿Qué es lo que hoy proclaman en nuestra patria los improvisados propagandistas del error? ¿Son demagogos? ¿son socialistas? ¿son protestantes? ¿son racionalistas? ¿son ateos? Nada de eso... ¿talvez ignoran hasta los principios fundamentales de los sistemas que persiguen aquestos secuaces del error. No son nada de eso, y con todo, parece que quisieran ser tomados por nihilistas!!! Ellos sólo, en medio de todo un pueblo eminentemente religioso, han levantado la voz destemplada para tratar de infamar el templo y los sacrificios, el sacerdocio y los sacramentos, las preces, el culto y las ceremonias; ellos sólo, en medio de un pueblo lleno de vida y generosas aspiraciones, se sublevan contra las leyes orgánicas de instrucción pública, como si ellas no fuesen en el Ecuador una fiel resonancia de las que actualmente rigen en todo el mundo científico; ellos sólo, en medio de un pueblo, largo tiempo ha moralizado por las saludables influencias del catolicismo, fomentan el espíritu de insubordinación contra toda autoridad divina y humana, atizan el fuego de la anarquía, encienden el odio y la venganza entre los ciudadanos, falsean el recto criterio de las cosas; desacreditan la virtud, lisonjean al vicio, se abrazan con el error en sus más deformes manifestaciones, y cargando de cadenas á la verdad, condénanla implacables á las gemonías.... Nó! es imposible, absolutamente imposible, que prensa tan desenfrenada y licenciosa sea la verdadera expresión de programa alguno de gobierno, mucho menos la interpretación de las ideas y sentimientos de los gobernantes.

Brilla la luz en medio de las tinieblas: *lux in tenebris lucet*. Esta luz es Cristo, á quien el profeta Malaquías apellida justamente *sol de las inteligencias*, el cual en la expresión del Evangelista, S. Juan, alumbra á todo hombre que viene al mundo. Cristo, en cuanto Dios es en sí mismo luz increada, sempiterna, esencial: Cristo, en cuanto hombre, es luz engendradora de luz, porque El es para todos los mortales el principio de la sabiduría, de la gracia y de la gloria, no sólo en cuanto nos ha comunicado la lumbré natural de la razón, como enseñan Orígenes y S. Cirilo, sino también en cuanto ha elevado la humana inteligencia á las alturas inaccesibles de la fe y del orden sobrenatural y divino. Si Cristo como luz brilló en el cenit de su gloria, cuando se dejó ver en la tierra hecho hombre; este mismo Verbo del Padre, vibró desde el principio del mundo y al través de los siglos que precedieron á la Encarnación, muchos rayos de su esplendor eterno sobre las frentes de las generaciones que pasaron; bien así como el astro del día, antes de subir á nuestros horizontes, despide los apacibles rayos de la aurora, con que alegra á la naturaleza después de noche lóbrega. El Hijo de Dios, dice S. Agustín, escribiendo á Honorato, no se aparta jamás ni aun de la mente de los impíos; su luz divina los persigue, los circunda, los embiste, los penetra, aunque ellos, voluntariamente ciegos y rebeldes, se resisten á contemplarla. *Lux in tenebris lucet*.

A favor de esta luz divina, los mismos paganos aunque sentados, como dice Isafas, en la región de las sombras de la muerte, y envueltos en las tinieblas de grosera idolatría, constituyeron sociedades, provincias, repúblicas, naciones grandes, poderosas, prósperas, asentándolas, cual sobre incontrastables bases, en principios eternos de verdad inconcusa, incontrovertible, unánimemente proclamados



por el consentimiento universal de los pueblos, invocados por los legisladores y fundadores de los imperios; enseñados y sostenidos por todos los filósofos y sabios de verdadero nombre, y consagrados de generación en generación por la misma naturaleza racional, la cual es más poderosa que todos los esfuerzos insensatos y temerarios de pasiones delirantes. Uno de estos principios universales, eternos, establece que el verdadero cimiento de las sociedades humanas, es la Religión, el culto de Dios, y por consiguiente el templo, el sacerdocio, el sacrificio, las preces; de donde, quien ataca á la Religión, conspira contra la existencia misma de la sociedad y trabaja en su ruina.

Leed y releed, Venerables hermanos y muy queridos hijos, algunas enseñanzas de graves filósofos de la antigüedad, las cuales confirman maravillosamente nuestras aseveraciones. Platón, á quien los incrédulos se complacen en apellidar *el divino*, talvez sin haberle leído jamás, dice en el libro X *de Legibus*: “La ignorancia del verdadero Dios es la peste más peligrosa de todas las repúblicas. Quitar la Religión es destruir en sus fundamentos toda sociedad humana: por lo mismo todo Gobierno debe mirar á los impíos como á sus mayores enemigos.” En el libro IV de la misma obra dice: “La verdadera Religión es el fundamento en que estriba la República”: sin ella, añadimos Nos, es un edificio construido en el aire, que los vientos de las pasiones combaten y agitan sin cesar, y al fin le arruinan. Sin Religión no hay Estados seguros. “Por esto, dice el mismo filósofo en el libro II *de Regno*, en toda República bien ordenada el primer cuidado debe ser establecer en ella, la verdadera Religión, y no una Religión falsa ó fabulosa; y el gobernante ha de prohibir todas las artes que se dirigen á fomentar

el lujo, como también los libros y escritos peligrosos é impíos, para preservar á los ciudadanos de toda seducción. Así mismo, prosigue, ha de prohibir las disputas contra Dios y su providencia, porque ese es grave ultraje á la Divinidad. El temor de Dios es el apoyo de la equidad, de donde dependen las buenas leyes” . . . . .

¿Qué diremos del elocuentísimo orador y filósofo romano? Registrad sus obras y hallaréis en ellas rasgos tan hermosos como estos, contenidos en su tratado *de natura deorum*. “La Religión todo lo pone en movimiento. Es como el alma del cuerpo político; es un freno que contiene al pueblo, y modera la autoridad del Gobierno”. Nosotros, dice en otra parte, nosotros hemos vencido y sujetado á las naciones más bien por la piedad y religión, que por el valor y la política”. Y de esto estaban tan persuadidos los dominadores del mundo, que como leemos en Valerio Máximo y en Floro, una de sus grandes máximas era que la Religión debía ser preferida á todas las cosas; y que aun en las mayores urgencias debía tener la preferencia sobre todo lo más estimado. Fundado en esto, aquel Pretor Petilio mandó quemar en Roma, á presencia del pueblo, unos escritos griegos porque eran impíos, y sólo se dirigían á destruir la Religión; pues, como dice el mismo Valerio Máximo, los antiguos no querían que se conservase memoria alguna que pudiese apartar á los ciudadanos del culto religioso.

Concuerdan con estas grandes ideas filosóficas los brillantes testimonios de los más célebres historiadores como Tito-Livio y Jenofonte, quien en su obra de la *Institución del Rey Ciro* nos refiere que cuando este monarca y conquistador persa se partió para la casa de su abuelo Astiages, su padre Cambises le dió la siguiente instrucción, que



Nos de muy buena gana se la daríamos también á todos los Jefes de nuestro pueblo: “Una cosa te encomiendo, hijo mío, la cual quiero tengas siempre en la memoria, como una joya de mucho precio, y dada de padre que tanto te ama. Sé muy amigo y devoto de Dios, y nunca comiences cosa sin demandarle primero su favor y ayuda; porque los hombres somos muy faltos y ninguna cosa se esconde á la Sabiduría eterna, y á quien ella favorece todo le sucede bien”. Las cuales palabras de tal modo se imprimieron en el corazón á Ciro, que parece que el principio, medio y fin de todas las empresas de este gran Rey, era la Religión, aunque falsa, de sus vanos dioses. No de otro modo Isócrates, orador excelentísimo, escribiendo á Nicocles rey de Chipre, y enseñándole con qué medios había de conservar su reino, le dice estas palabras: “ Guardarás la religión como la recibiste de tus mayores y antepasados, y piensa que el mayor y mejor sacrificio es ser tú mismo bueno y justo; porque mayor esperanza tienen los tales que harán algo bueno, conforme á la voluntad de Dios, que los que edifican templos”.

Si así brilló la luz del Verbo Eterno en medio de los tinieblas del paganismo; ¿quién puede ponderar debidamente y admirar cual se merece la magnífica irradiación de este Sol divino de Justicia después de su gloriosa Encarnación, en el seno del mundo redimido? Bástenos decir que ni aun los hombres, ni aun los corifeos de la incredulidad, ni aun los prosélitos del más descarado libertinaje han podido sustraerse por completo al benéfico influjo de la claridad sempiterna de la lámpara del Cordero, suspendida de las alturas católicas, sobre la faz de los abismos. *Non est qui se abscondat a calore ejus.* Maquiavelo, aquel gran corruptor de la política moderna, reconoce que la religión es neces-

ria para conservar el Estado, y que Roma debe más á Numa Pompilio por haber instaurado en ella la Religión, que á Rómulo que la fundó y le dió principio con las armas, y que no puede haber mayor indicio de la ruina de una provincia, que ver menospreciado el Culto Divino. Juan Bodin, aquel abogado incrédulo, dice que los mismos ateistas confiesan que no hay cosa más eficaz y poderosa para conservar los estados y las repúblicas, que la religión, y que ella es el principal fundamento del poder de los gobernantes, y de la ejecución de las leyes, y de la obediencia de los súbditos, y de la reverencia y respeto que se debe á los magistrados, y del temor de hacer mal, y de la amistad y comercio y trato, que hay entre los hombres. Y que por esto se debe tener gran cuidado que una cosa tan sacrosanta como la religión, se guarde inviolablemente, y no se ponga en disputa, porque de ella depende la conservación ó la ruina de la República. Pues, es verdad lo que dijo Papiniano: *Summa ratio est, quae pro religione facit*; que la suma y más principal razón de todas es la que favorece á la religión. Pero, ¿qué mucho se hayan así expresado Maquiavelo y Bodin, cuando el mismo Voltaire, aquel sangriento y personal enemigo de Jesucristo y padre infeliz de la incredulidad moderna, no pudo menos de rendir alguna vez parias á la Verdad? Escuchad, en efecto, unas palabras suyas que dejó escritas en su *Tratado de la tolerancia*: “Donde quiera que hay una sociedad establecida, la religión es necesaria. Las leyes velan sobre los delitos públicos, la religión sobre los secretos”. Así habia ¿quién lo creyera? un Voltaire.

De estas enseñanzas de los filósofos paganos y de los juicios de los mismos impíos é incrédulos debemos deducir que la Religión, especialmente, que la única verdadera, cual es la católica que

profesamos, en sus relaciones con la sociedad, es como ha dicho un sabio, el foco de todas las virtudes, la filosofía de todas las edades, la base de las costumbres públicas, el medio más poderoso que tienen los legisladores, mayor y más fuerte aun que el interés, más universal que el honor, más eficaz que el amor de la patria; el garante más seguro que puedan tener los gobernantes de la fidelidad de los gobernados, y éstos de la justicia de los gobernantes; el consuelo de los afligidos; el pacto de Dios con los hombres; y para usar de una imagen de Homero, la cadena de oro que tiene colgada la tierra al trono del Eterno.

Y si esto es verdad, como lo es, ¿quién no ve que atacar á la Religión y desmentirla con una conducta criminal, es atentar no sólo contra la prosperidad y conservación de los Estados, sino contra la existencia misma de la sociedad y de los pueblos? Muchos hombres superficiales y extraviados piensan que los intereses de la Iglesia son rémora de la civilización y del progreso de las naciones y fundados en tan funesto error declaran la guerra á las venerandas instituciones del catolicismo. No es así: la historia del pasado y la experiencia cotidiana nos manifiestan donde quiera que sólo Cristo, su Evangelio, su Iglesia son la verdadera seguridad, grandeza y gloria de los pueblos. Ni puede ser de otro modo, si Cristo es Dios, si el Evangelio es la Verdad, si la Iglesia es su columna y fundamento. No, la sociedad ni los individuos pueden jamás alzarse contra la verdadera Religión sin incurrir en la indignación de Dios, sin acarrear á la sociedad su completa ruina en el tiempo y al individuo la eterna perdición del alma.

Y esta es la causa, - Venerables Hermanos y muy queridos hijos, de la tristeza suprema y amargura cruelísima que atormenta nuestro espíritu en presencia de las enormes culpas, gravísimos escán-



dalos y horrendos pecados con que tenemos ofendido á Nuestro Dios, no sólo de palabra ó por escrito sino también de obra y en la práctica. Confesémoslo con sincero dolor, hoy podemos decir de nosotros lo que Salviano dijo de los malos cristianos: "Patitur in suis Christus opprobrium, patitur in nobis lex christiana maledictum". Oprobios padece Cristo entre nosotros y difamación la ley cristiana". ¿A dónde vamos? ¿Qué va á ser de nosotros colocados en lo pendiente de nuestra ruina temporal y eterna?

*Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi.* Sólo un remedio nos queda. . . . . y es alzar nuestros ojos y manos suplicantes á la montaña santa, de cuya cumbre desciende á la tierra el auxilio celestial.

Por esto hoy, cuando la Iglesia vestida de luto y armada con los instrumentos de la penitencia, abre la época más santa de la vida cristiana, grabando serena en la frente de sus hijos los tristes despojos de nuestra mortalidad, sin perdonar ni á las coronas de los reyes, ni á las diademas de los emperadores, ni á las tiaras de los pontífices; hoy, cuando nuestros templos desnudos y despojados del aparato y pompa de espléndido culto, sólo ofrece á nuestra vista conturbada la representación y memoria de la escena divinamente trágica del Calvario; levantamos, muy queridos hijos, nuestra voz, para llamaros á una sincera penitencia de todas nuestras culpas, y exhortaros á dar á Jesucristo una muy cumplida satisfacción de todos los ultrajes y ofensas que le hemos irrogado.

Os suplicamos, pues, con todo el amor y ternura de Pastor y Padre vuestro, os suplicamos por la fe de nuestros mayores, por las aguas regeneradoras del Bautismo que recibisteis, por las dulces memorias de vuestra educación cristiana, por las virtudes de vuestras esposas é hijos; por los indes-

tructibles derechos de la Verdad sobre la conciencia humana. . . . . en fin, os suplicamos por lo más sagrado, que deis de mano en los días de esta Cuaresma á las agitaciones de la vida pública, que entréis dentro de vosotros mismo y considerando la brevedad de la vida, la proximidad de la muerte, la fugacidad é ignominia de los placeres sensuales, las tristes decepciones del mundo, la vanidad de sus triunfos, la crueldad y horrores del espíritu de odio y de venganza, la tremenda responsabilidad del hombre en el severo tribunal de Cristo, os agrupéis en torno del Redentor del mundo y de su Santa Madre, os agrupéis en nuestros templos para elevar al Cielo plegarias ardentísimas, para ofrecer al Padre celestial la Hostia de propiciación por nuestras culpas y, sobre todo, para escuchar la divina palabra de la predicación evangélica, negándoos generosamente á la lectura de libros y escritos que hoy infestan nuestra sociedad, con grave mengua de nuestra profesión religiosa é inminente peligro de padecer naufragio en la fe.

En prenda del acendrado amor que os profesamos, os damos la bendición en el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Mandamos que la presente Carta se lea en el domingo próximo, al día en que sea recibida en la misa de mayor concurrencia, y se la explique en los domingos siguientes, conforme á las necesidades de las parroquias.

Dada en Quito, en el Palacio Arzobispal, á 18 de Febrero de 1896.

✠ PEDRO RAFAEL,  
Arzobispo de Quito.

*J. Alejandro López,*  
Subsecretario.